

Segregación, fragmentación, secesión. Hacia una nueva geografía social en la aglomeración de Buenos Aires

Marie-France Prévôt Schapira
Universidad de París VIII y CREDAL,
CNRS

En los años ochenta en América Latina se generalizó el término “crisis urbana”, sin que se haya explicado muy claramente su significado. La pertinencia del empleo de esta noción ha sido muy discutida por la ambigüedad y falta de precisión¹ que le es propia. De hecho, la expresión se ha impuesto paralelamente a ciertas creencias que han marcado al periodo populista: como las de una integración de la población a la ciudad por medio del desarrollo del asalariamiento y de un urbanismo planificado (Moreno, 1976). Ciertamente, los teóricos de la marginalidad pusieron el acento en la existencia de una masa marginal que ha sido expulsada por este proceso (Quijano, 1971). Sin embargo, hasta

¹ En un artículo escrito hace poco sobre los tumultos asociados a las hambrunas de 1989 en la periferia de Buenos Aires, yo misma empleé el término “crisis urbana” como expresión referida a una evidencia empírica, en un momento en el cual los asaltos de los consumidores a los supermercados, la inmovilización de los más pobres en los confines de la ciudad, las ocupaciones colectivas de terrenos urbanos, los cortes de la energía eléctrica durante varias horas del día, eran sus signos manifiestos (Prévôt Schapira, 1999).

los años setenta, la ciudad ante todo ha sido pensada como el lugar del progreso y de la modernidad.

Así mismo, la noción de “crisis urbana” no llega tanto a analizar los disfuncionamientos que por mucho no son nuevos (como polución, escasez de vivienda, débil cobertura de servicios urbanos, etc.), sino que más bien destaca el bloqueo del modelo anterior, es decir, la erosión del pacto social populista que había permitido integrar –más o menos– bajo un modo clientelista y corporativista, a los nuevos ciudadanos a la ciudad (Dollfus, 1997). Esta crisis: ¿Ha sido productora de un nuevo modelo urbano? ¿Se puede hablar de una ruptura con las formas de urbanización precedentes a partir de dicha crisis?

A fin de calificar la crisis de las metrópolis, en los últimos años se observa una utilización más y más frecuente de la noción de fragmentación (Vidal, 1995). El término supone que lo que debería tener un funcionamiento global ha estallado en múltiples unidades, es decir que ya no existe una unificación del conjunto urbano. En el sentido geográfico y metafórico del término, se trataría de una fragmentación cada vez mayor de los mercados de trabajo, del sistema de transporte, y de una involución del centro (Santos, 1990). Una organización más estallada, menos jerárquica: al no funcionar según la ley de las rentas de la tierra y la “explotación” urbana, éstas se sustituyen por el antiguo modelo de la ciudad orgánica.

La investigación urbana latinoamericana toma la noción de fragmentación de la sociología americana, en particular de la reflexión sobre los efectos de la globalización en las grandes metrópolis, siendo el objetivo el de poner el acento en la aparición de nuevas centralidades en las ciudades en que la globalización teje las redes y califica y descalifica los espacios urbanos en función de su proximidad a los “nodos” de los flujos mundializados.² Ciertos autores (Sassen, 1996; Mollenkopf y Castells, 1992) hacen de la globalización el paradigma explicativo de un proceso mayor de dualización de la estructura social y espacial de las metrópolis. El análisis de la ciudad dual reposa sobre la hipótesis siguiente: las evoluciones económicas que caracterizan a las ciudades globales (financiamiento, desarrollo de servicios “avanzados” y

² En la ciudad de México se puede apreciar el surgimiento de algunos barrios de alto valor financiero –como la zona de Santa Fe, construida sobre un antiguo depósito de basura de la ciudad–, al mismo tiempo que también se hallan extensas áreas urbanas vacías en posición central, como es el caso del espacio del antiguo mercado de La Merced.

funciones directivas) desembocan en una polarización creciente entre pobres y ricos, en razón del descenso de las clases medias, que en gran medida han sido el pilar de la ciudad “fordista”. Es necesario recordar que América Latina ha conocido sus “treinta gloriosos” y que el gran impulso urbano corresponde a los años cuarenta a sesenta, es decir, al periodo del desarrollo de la industria sustitutiva, del asalariamiento y de las clases medias.

¿Qué es lo que justifica el recurso a esta metáfora? La fragmentación pone el acento en la complejidad de los cambios actuales en la ciudad latinoamericana, siendo la idea central que la posición social ya no determina la posición geográfica, y que la sociedad en archipiélago (Viard, 1994) produce una imbricación de los diferentes espacios y otorga una visibilidad incrementada a las diferencias. También, de modo paralelo a los procesos de metropolización y de apertura ligados a la globalización, en el interior de la ciudad se desarrollan lógicas de separación y nuevas “fronteras urbanas” (Smith y Williams, 1986).

Milton Santos observa que, en el seno de la “familia de metrópolis globales, se encuentran más y más las metrópolis del Tercer Mundo, sin embargo, con las características particulares debidas a su modernización incompleta y al cuadro de subdesarrollo en el cual se inserta” (Santos, 1993). No es cuestión de “aplicar” el análisis de la *Ciudad Global* a ciudades cuya historia social y económica tan diferente ha contribuido a moldear un tipo de ciudad latinoamericana con sus propias singularidades. Por otra parte, la globalización no determina una lógica única de espacialización de las actividades, existen formas específicas ligadas a los procesos endógenos de producción de la ciudad. Dicho en otras palabras, la mundialización obliga a pensar un doble proceso, el de una uniformización y, al mismo tiempo, la existencia de modelos específicos. “La mundialización no evacua las viejas historias” (Dollfus, 1997). No obstante, estas ciudades han conocido, en grados diversos, procesos de transformación productiva que las aproximan. São Paulo constituye la cabeza financiera e industrial de Brasil, relacionada con el “archipiélago megalopolitano mundial”. México juega en una cierta medida este rol de interfaz. Buenos Aires se integra a la red metropolitana del Cono Sur.

Mientras que en los años setenta la concentración de actividades y de hombres dio lugar a una interpretación desfavorable y catastrofista de la primacía urbana, se redescubren en América Latina, como en otros lugares, las virtudes de las megalópolis, ya

que ellas ven reforzado su papel en una economía mundializada. En el nuevo contexto productivo, estas ciudades aparecen como el lugar privilegiado de la acumulación flexible de los nuevos modos de producción (Veltz, 1996). En todas partes, las industrias del periodo de sustitución de las importaciones marcan la pauta principal, en tanto que aparecen nuevas actividades ligadas a las finanzas y los servicios “avanzados”. Este movimiento es acompañado de una implicación creciente de los actores privados en la gestión de la ciudad, sobre todo con la privatización de los grandes servicios urbanos. La ambición que muestran estas ciudades es la de entrar en la lógica de competencia y ser partes del archipiélago de las “ciudades globales”.

Nos preguntamos si la metropolización significa la profundización de los clivajes existentes en el interior del espacio metropolitano, como han afirmado algunos. En Argentina se observa en los años noventa una profundización de las desigualdades que se repite a escalas más pequeñas, como son las de la ciudad y los municipios de la periferia metropolitana. ¿Qué vínculo se puede establecer entre los cambios productivos –que pueda ser considerado como resultado de las nuevas orientaciones económicas y de la globalización– y los que se manifiestan en la organización socio-espacial de la aglomeración de Buenos Aires, en donde el ascenso de la pobreza y la pauperización de una gran parte de las clases medias dibujan una nueva geografía de los centros y los márgenes, en franca ruptura con el modelo centro/periferia –“del centro a los barrios” (Scobie, 1977)– que ha guiado la expansión de la ciudad durante más de un siglo?

I. Globalización y metropolización

Metropolización y terciarización han sido presentadas como las dos caras de la globalización. En este sentido, la aglomeración de Buenos Aires ha conocido, en el último decenio, transformaciones rápidas y espectaculares que sin ninguna duda se pueden resumir bajo el término metropolización (Haeringer, 1998). La terciarización de la economía urbana, el desarrollo de los servicios y del sector inmobiliario ligados a los nuevos modos de consumo y al ocio de ciertos grupos, han trastocado profundamente la organización económica, social y urbanística de esta vasta aglomeración de casi doce millones de habitantes, y de los cuales casi tres

millones viven en la ciudad central (la capital del país) y otros ocho millones habitan en la inmensa periferia del *Conurbano*.³

En esta primera parte analizamos tres órdenes de cambio ligados a la adopción, al inicio de los años noventa, de un modelo neoliberal de salida de la crisis, y cuyos efectos han sido acumulativos: la nueva estructuración del mercado de trabajo urbano, el desarrollo de grandes proyectos urbanísticos que transforman el centro de la ciudad en una vasta cantera, en fin, la fuerte pauperización de las clases medias.

Mercado de trabajo: flexibilización, precariedad y desempleo

Paradójicamente, en Argentina el “renacer económico” de los años noventa ha ido acompañado del ascenso rápido del desempleo. Los cambios en la organización del mercado de trabajo tienen raíces en el proceso de desindustrialización que toca, desde los años setenta, a la Argentina, y más concretamente a la zona metropolitana de Buenos Aires, en donde se concentraron las industrias sustitutivas de las importaciones. La recesión prolongada de los años ochenta y la hiperinflación han entrañado el cierre de numerosas industrias en la primera corona de la zona metropolitana. Éstas han sido las medidas de ajuste (Plan de convertibilidad, apertura económica, privatización masiva, reforma del Estado) comprometidas de manera extremadamente brutal por el segundo gobierno de Carlos Menem, que provocaron la supresión masiva de empleos en el ámbito público, el desarrollo de la precariedad en el corazón mismo del asalariamiento y el enorme crecimiento del desempleo, que pasa de 6% en 1991 a 18% en

³ El término aglomeración aparece desde los años veinte, aunque los barrios “suburbanos” aún estaban dentro de los límites de la Capital Federal. No será sino a partir de los años treinta cuando el crecimiento desbordará los límites de la avenida General Paz, es decir, los límites de la Capital Federal. En el censo de población y vivienda de 1947 se define un nuevo territorio: el Gran Buenos Aires, que engloba a la Capital Federal y los municipios conurbados. Actualmente el término “conurbano” designa el conjunto del territorio urbanizado (o conurbado) de la ciudad pero que se extiende más allá de los límites de la Capital Federal; es decir, forma parte del área metropolitana de la ciudad de Buenos Aires, pero no es parte de la unidad político-administrativa denominada Capital Federal, sino que está bajo el gobierno de la Provincia de Buenos Aires. Esta situación es muy semejante a lo que ocurre en la ciudad de México con los municipios mexiquenses integrados al área metropolitana de la ciudad de México, integran la ciudad pero administrativamente no dependen del Distrito Federal sino del Gobierno del Estado de México.

1995.⁴ El incremento, tan masivo como repentino, de los “sin trabajo” (Beccaria y López, 1996) en un periodo de fuerte recuperación económica, ha sido objeto de numerosos debates y controversias, sobre todo entre el Instituto Nacional de Estadísticas y Censos (INDEC) y el Ministerio de Economía. En parte, esto se explica por la entrada al mercado laboral de nuevas categorías de población (jóvenes y mujeres)⁵ y por el hecho de que más de 20% de quienes demandan empleo son trabajadores que buscan un “segundo” trabajo para compensar la merma de sus ingresos, en un contexto de fuerte flexibilización y de externalización de una gran parte de las tareas de producción y de servicios. La precariedad y la informalidad son particularmente notables en las pequeñas y medianas empresas de la construcción, del comercio y de la restauración.

No obstante, el desempleo masivo no se ha traducido en un crecimiento en proporción del sector informal, sino que ha experimentado una transformación profunda (Monza y Beccaria, 1998).

Desempleo e informalidad en el Gran Buenos Aires

Año	1974	1997
Desempleo	4.2%	17%
Sector informal	17%	1.9%

Fuente: A. Monza y L. Beccaria.⁶

En efecto, en los años noventa se observa una disminución de los “cuentapropistas”, que han caracterizado a la informalidad argentina en los años setenta, en tanto que la informalidad crece en el sector de transportes y servicios. El sector informal se “profesionaliza, se salariza y se masculiniza”. Estas afirmaciones requieren de varios comentarios. En principio, conviene recordar que la informalidad ha sido largamente subvaluada por la

⁴ Alfredo Íñiguez, “La dimensión del empleo en la Argentina”, en Ernesto Villanueva (coord.), *Empleo y globalización. La nueva cuestión social en la Argentina*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 1997.

⁵ Entre 1985 y 1998 la fuerza de trabajo de la aglomeración ha aumentado en 1.3 millones de personas, de las cuales existen casi 800 000 mujeres y 570 000 hombres. “La situación laboral: datos del INDEC. Las mujeres sufren más que los hombres en el empleo precario”, Buenos Aires, Diario *Clarín*, 04/01/99.

⁶ Monza, A. y L. Beccaria, “Las transformaciones de la informalidad urbana en Argentina en el último cuarto de siglo”, Seminario sobre Informalidad y Exclusión Social, Buenos Aires, Secretaría de Desarrollo Social/SIEMPRO, 1998, 27 y 28 de agosto.

encuesta permanente de hogares (EPH) realizada por el INDEC cada seis meses.⁷ Sin embargo, cualquiera que sea, es posible preguntarse si el sector informal constituye siempre un sector-refugio en periodos de crisis, como lo fue en el pasado. Actualmente se observa una fuerte avanzada de la informalidad en el interior mismo del sector formal por medio de la multiplicación de contratos precarios (los denominados “contratos basuras”), de empleos que no respetan la Ley de Contrato de Trabajo⁸ y de la integración de los más pobres en los programas de tipo *workfare* (Plan Barrios, Plan Trabajar), sin ninguna protección social. En fin, la informalidad no sólo concierne a las actividades tradicionalmente consideradas como precarias, sino también a los trabajos calificados en relaciones de empleo bastante precarizadas, sobre todo entre los jóvenes que están entrando en la vida productiva (como arquitectos, diseñadores, periodistas, técnicos...). También, junto a lo que ciertos autores han denominado “la economía popular” (Coraggio, 1991) –compuesta de estrategias de sobrevivencia, de circulación y recuperación, de pequeños oficios y prácticas solidarias–, se desarrolla una informalidad poderosa en el vasto vivero de los “sin trabajo”, en la cual se articulan los nuevos sectores de la economía avanzada, como servicios de mantenimiento a empresas y también dirigidos a hogares acomodados, a las “nuevas élites urbanas”, que desarrollan nuevas formas de consumo y de ocio (repartidores de pizzas, quienes se dedican a pasear perros, etc.) (Sassen, 1996).

Un estudio realizado por el INDEC se ha orientado a esclarecer los efectos específicos que han tenido las políticas de ajuste sobre el empleo y los ingresos, en los distintos espacios del Conurbano, es decir, en el área conurbada a la ciudad de Buenos Aires.⁹ En este estudio aparece una clara polarización geográfica.

⁷ Una encuesta realizada en el municipio conurbado de Quilmes muestra que 30% de los empleos formales registrados por el INDEC, de hecho son empleos “informales” y que la informalidad varía muy sensiblemente en función de los diferentes barrios. A. Iñiguez, *op. cit.*

⁸ La reforma de la Ley de Contrato de Trabajo, denominada “Ley de Flexibilización” (aprobada en agosto de 1998), viene a legalizar las prácticas largamente desarrolladas desde inicios de los años noventa (como vacaciones reducidas, no pago de las horas extras ni de las prestaciones sociales). En 1998 el número de asalariados sin prestaciones sociales (sin seguridad social) se estimó en 37% de la PEA. *Clarín*, 7 de septiembre de 1998. Por otra parte, la Ley Nacional de Empleo aprobada en 1992 incluyó los denominados “contratos promovidos”, es decir “contratos a prueba”, permitiendo así disminuir el costo del asalariamiento.

⁹ Camila Morano y Andrea Lorenzetti, *Conurbano bonaerense. Los distintos espacios sociales y sus personificaciones socioeconómicas. Evolución reciente*, Buenos Aires, Congreso Nacional de Estudios sobre el Trabajo, 1994, pp. 23-26.

Los municipios de la periferia norte de la ciudad de Buenos Aires, los más elegantes (Vicente López, San Isidro), conocen una buena inserción de la población activa en el mercado de trabajo y un enorme peso del terciario financiero y de los servicios, así como mínimas tasas de desempleo. Por el contrario, la zona que reúne a los municipios conurbados más pobres de la segunda corona del área metropolitana, el suroeste (Moreno, Merlo, Florencio Varela, Berazategui), ha visto un agravamiento de la precariedad y el desempleo, así como una disminución del ingreso por hogar más notoria que en el resto del área metropolitana. Las viejas oposiciones (centro/periferia, norte/sur, primera corona/segunda corona) se vuelven más intensas, como lo muestran distintas investigaciones.¹⁰ Sin embargo, a estas oposiciones tradicionales vienen a superponerse nuevas fronteras ligadas al descenso de las clases medias y a las grandes obras urbanas en el centro de la capital.

El descenso de la clase media: la “desestabilización de los estables”

Uno de los efectos que durante los años noventa ha tenido la crisis de los ochenta y el cambio de modelo económico y social en el país, es la profundización de las disparidades en el gran abanico de las clases medias, lo que ha traído una polarización entre quienes han sido entronados en el pedestal del “crecimiento” y los “nuevos pobres”, además de muchas otras fracturas. En efecto, la nueva pobreza aparece como el resultado de un doble proceso: la caída de todas las categorías ocupacionales y el aumento de las diferencias salariales en el interior de cada categoría ocupacional. También, la grave pauperización de la clase media, en un país donde ésta había sido constitutiva de la idea de nación y de su modelo histórico-cultural, viene a conjugarse con la sedimentación de la pobreza estructural, en algunas zonas de la periferia de la ciudad y en los barrios pericentrales de la capital.¹¹ Entre 1980 y 1990 el ingreso medio de los hogares del Gran Buenos Aires ha caído 22% (28% para los maestros, 32% para

¹⁰ Los indicadores de salud, de ingresos y de mortalidad muestran la persistencia de diferencias palmarias entre los municipios de la primera y segunda coronas del área metropolitana (Arrossi, 1996).

¹¹ Para un análisis del notable crecimiento de la pobreza en el Gran Buenos Aires, ver Marie-France Prévôt Schapira, “Pauvreté, crise urbaine et émeutes de la faim dans le Grand Buenos Aires”, *Problèmes d'Amérique Latine*, núm. 95, 1990.

los funcionarios, 36% para los pequeños comerciantes) y la proporción de los “nuevos pobres” pasó de 4.2% a 18.4% en el mismo periodo (Minujin y Kessler, 1995). La renovación económica de los noventa no ha frenado este proceso, todo lo contrario. Se observa actualmente una acrecentada polarización entre ricos y pobres. En 1998 una encuesta del INDEC mostró que en la Capital Federal y las zonas conurbadas a la ciudad, 60% de los hogares tenía ingresos inferiores a los mil dólares, monto considerado como lo necesario para cubrir las necesidades de la “canasta familiar”, y al mismo tiempo se registró que un millón de hogares disponía de menos de 500 dólares al mes, todo esto en el área metropolitana de la ciudad de Buenos Aires, es decir, en la ciudad más rica del país.

La disminución brutal de los ingresos durante los años ochenta y el rápido ascenso del desempleo marcan notoriamente una ruptura, sin esperanzas de un regreso al pasado. Esta pobreza más difusa y más oculta que la denominada “pobreza estructural”, modifica los usos y las prácticas de la ciudad. Si se considera que el empobrecimiento de grandes capas de la sociedad ha sido paralelo al retroceso del Estado y de numerosos sectores –privatización de los grandes servicios urbanos (agua, gas, electricidad, metro, trenes suburbanos), deterioro de la escuela pública y de la protección social–, se puede comprender que todo ello se manifieste como un debilitamiento de la cohesión social.¹²

Los espacios de la globalización

Las “fronteras” presentadas se ven reforzadas por las grandes obras urbanas que se desarrollan dentro de la ciudad desde inicios de los años noventa. Después de casi veinte años de un proceso de desindustrialización y descapitalización (deterioro de los servicios urbanos y de las infraestructuras, disminución en el valor del patrimonio inmobiliario), las grandes obras urbanas han integrado “trozos” de la ciudad en el espacio globalizado y en la sociedad en redes (Keeling, 1996). Todas estas obras tienen como rasgo en común el de responder a una lógica privada y reciclar bajo un mismo modelo los espacios y actividades obsoletas (como la antigua zona portuaria de los muelles de Puerto Madero, empre-

¹² Para un análisis más detallado de estas dimensiones, véase Marie-France Prévôt Schapira, “Territoires, pouvoirs et sociétés en Amérique Latine”, Tours, HDR, 1997.

sa ferroviaria de Retiro, Tren de la Costa, o el viejo mercado central de frutas y verduras de El Abasto). La refuncionalización de los vacíos urbanos en posiciones centrales ha sido permitida por las nuevas orientaciones económicas y políticas de los años noventa que dejan la ciudad a los “desarrolladores”, relanzando así de manera espectacular el sector inmobiliario y de la construcción, largo tiempo paralizado por la crisis de los ochenta. De estas grandes obras que vuelven a valorizar algunas porciones del espacio urbano, resulta una profundización de los contrastes dentro de la metrópolis entre zonas degradadas y de baja densidad de ocupación, al sur de la capital, y el Barrio Norte, que se verticaliza y densifica en su ocupación. Estos contrastes son tanto más drásticos debido a que la regulación urbana es (de aquí y en adelante, delegada), en gran medida, uno de los operadores exteriores del campo político-administrativo. También se ve claramente cómo se introduce un principio diferenciado de la gestión del espacio: por un lado, las grandes empresas de servicios urbanos privatizados; por el otro, las ONG y las asociaciones ligadas a la Iglesia, que todas a su manera desarrollan políticas sociales territorializadas en las “zonas desfavorecidas” del sur de la capital y de la periferia. Ya que no se puede reducir la metrópoli a su centro, en donde sus habitantes tienen ingresos medios de 22 000 dólares al año (tres veces superior al de la media nacional), mientras que más de un tercio de los habitantes de la periferia viven por debajo del umbral de pobreza. Es en estas zonas adonde las autoridades locales en asociación con los actores emergentes, buscan introducir las formas de sinergia (*empowerment*, para retomar la expresión de moda en los Estados Unidos) para enfrentar los problemas de exclusión (Prévôt Schapira, 1996).

En Buenos Aires, como en otras grandes metrópolis latinoamericanas (México, São Paulo, Santiago), el desarrollo –o más bien, el crecimiento económico–, más que producir la ciudad, produce la fragmentación. ¿En qué medida el modelo de ciudad más integrada, más democrática que en cualquier otra parte de América Latina, construido hace un siglo, y que ha correspondido a un proyecto político, actualmente es acusado y responsabilizado de nuevo por la subasta de partes enteras de la ciudad y de su apertura desenfrenada hacia la especulación inmobiliaria?

II. La ciudad: entre la fragmentación social y la fragmentación espacial

Comprender los cambios experimentados por la ciudad de Buenos Aires, obliga a recordar la singularidad de la urbanización de las formas de integración que ésta significó para las poblaciones inmigrantes venidas del otro lado del Atlántico, y después, del interior del propio país.

A. Gorelik (1996) muestra que, hacia 1880, el desarrollo de la ciudad como un todo era el resultado de un proyecto público, y que la cuadrícula estática –el damero– que permitió a la ciudad extenderse hacia el infinito, constituyó una matriz en la cual se fueron inscribiendo el crecimiento urbano y el ascenso social. La cuadrícula estática disciplina el *spill-over* cuando la ciudad, en los años treinta, franquea la avenida General Paz,¹³ y se comienzan a desarrollar los loteos o fraccionamientos populares que caracterizan a la periferia de Buenos Aires. Desde varias consideraciones, esta urbanización más allá de las fronteras de la ciudad, esta urbanización “extra-muros” parece emparentada con la de la región parisina correspondiente al periodo transcurrido entre las dos Guerras (Fourcaut, 1996). Mezcla de *laisser-faire* y de intervención pública, entre el orden de la cuadrícula estática y la chapucería de la autoconstrucción y la autourbanización, este tipo de crecimiento urbano ha permitido el acceso masivo a la propiedad y más aún, a la “casa propia”. Entre 1947 y 1967 el número de propietarios en las periferias de Buenos Aires pasó de 27 a 67%, situación excepcional comparada con la de los otros países de América Latina, incluso comparada con la situación de Francia en esa época (Torres, 1993). En este país de inmigrantes, este proceso ha sido fundador de la ciudadanía, más que en otras partes, y ha reforzado la adhesión a los valores de la República. En el credo *fomentista* la idea de ciudadanía está estrechamente asociada al estatuto de propietario/contribuyente. Esta versión censal de la ciudadanía ha contribuido a dibujar las líneas de distribución; ellas se ampliaron cuando los efectos conjugados de la crisis y las políticas de ajuste demolieron las esperanzas de un futuro ascenso social.¹⁴

¹³ Esta avenida sigue marcando actualmente el límite político-administrativo entre la Capital Federal y los municipios conurbados, aunque en términos urbanos no representa ningún límite al espacio urbano. N. de la t.

¹⁴ El acceso masivo a la propiedad ha sido posible por una serie de políticas implícitas del Estado y de lógicas de acción colectiva de los habitantes (por ejemplo, las “sociedades de fomento”).

De la segregación a la “atomización disolvente”

Por tradición los pobres eran los habitantes de las pensiones, aun numerosas en la capital, los habitantes de los “conventillos” o “vecindades”, especie de pequeño patio común con varios inmuebles construidos a inicios del siglo xx en los barrios obreros de La Boca y Barracas, al sur de la ciudad.¹⁵ Después, los asentamientos pobres, o villas miseria, aparecieron de la mano de la gran migración procedente del interior del país y de los países limítrofes, sobre todo ante la proximidad del puerto y de la zona industrial del Riachuelo, para luego extenderse a lo largo de la cuenca del Riachuelo y también a lo largo del río Reconquista, formando verdaderos guetos en la ciudad.

Aunque actualmente la pobreza se diluye en el conjunto urbano, sin embargo, se pueden dibujar *grosso modo* sus contornos: los barrios degradados de la Capital Federal, ubicados al sur de la avenida Rivadavia, las zonas de asentamientos pobres o villas miseria y de ocupaciones colectivas de terrenos que se han multiplicado en los años ochenta, pero también los fraccionamientos más alejados del centro de la ciudad, en los municipios de la segunda corona del área metropolitana. Allí se encuentran reunidos los pobres expulsados de la Capital Federal por los regímenes militares¹⁶ y por la carestía de los alquileres, así como por los nuevos inmigrantes llegados del interior del país. Todos los índices –mortalidad infantil, desempleo, zonas de alto riesgo sanitario, delincuencia, amplio crecimiento demográfico– hacen aparecer un punto de ruptura.¹⁷

En Argentina mucho se ha escrito sobre los “nuevos pobres” (Minujin y Kessler, 1995). Por el contrario, la espacialización de las nuevas formas de pobreza urbana sólo ha sido estudiada muy poco, como si se permaneciera en la ecuación simple

¹⁵ En 1945 un 10% de la población en la ciudad de Buenos Aires vivía en conventillos (vecindades), en un momento en que 63% de las viviendas eran alquiladas.

¹⁶ La gestión de la ciudad de Buenos Aires (Capital Federal) durante la última dictadura militar procedió al “desalojo” por la fuerza de numerosas villas miseria (asentamientos pobres) que estaban dentro de los límites político-administrativos de la Capital Federal, lo que en la práctica implicó su nueva localización fuera de ese límite político-administrativo, pero siempre dentro del espacio metropolitano. N. de la t.

¹⁷ Conurbano bonaerense: aproximación a la determinación de hogares y población en riesgo sanitario por medio de la Encuesta Permanente a Hogares, INDEC, Buenos Aires, 1991. Este trabajo ha sido realizado bajo la solicitud del Ministerio de Salud para determinar las zonas de riesgo frente al recrudecimiento, en especial, del cólera. Los municipios con alto riesgo –entre 30 y 53% de las viviendas incluidas– son de la segunda corona metropolitana.

del pasado: “villa miseria = pobreza = ilegalidad”. Ahora bien, la observación de la expansión de las formas de pobreza en la ciudad, muestra que la dilución de la pobreza no significa uniformización, sino lo contrario. Importantes cambios se vienen produciendo en los modos de habitar. Los trabajos de Horacio Torres muestran muy finamente que si entre los censos de 1947 y 1980 se nota una mejoría en el hábitat, más fuerte en la Capital Federal que en los suburbios, en el decenio de los ochenta la situación cambia. Zonas de clases medias se degradan muy sensiblemente dentro de la capital. Al mismo tiempo, la población de las villas miseria disminuye, pasando de 200 000 a 70 000 habitantes en 1991, en tanto que aquella población que vive bajo formas de usurpación (alrededor de 150 000 personas) y los que viven en “pensiones” aumentan rápidamente (Herzer *et al.*, 1997). Por otra parte, las ocupaciones de terrenos en las periferias organizadas y militantes en los años ochenta, se continuaron pero bajo una forma menos visible, mediante las “invasiones” de terrenos vacantes, que tanto existen en las orillas de la ciudad.

Así, la espacialización de la pobreza no solamente debe ser pensada en términos de enclave, sino también y sobre todo en términos de gradiente, como un fenómeno que toca a una gran parte del territorio y que acentúa las fronteras entre los diferentes barrios, incluso entre islotes, yendo al encuentro de la representación clásica de la pobreza, en una ciudad en donde las villas miseria han sido y siguen siendo para muchos de los actores de la gestión de las políticas sociales, el modo de designación del problema. La lectura dual del espacio urbano conviene sustituirla por la de una segregación disociada (Béhar, 1995), aun por la de un “emparentamiento selectivo” (Cohen, 1997) que supone el desarrollo dentro de cada grupo, incluso en el interior de cada vida, de las tensiones que eran hasta entonces la herencia de las rivalidades entre grupos. Esta propiedad “fractal” del fenómeno desigual explica la profundización de las desigualdades en el interior de los mismos territorios. En estos barrios, el temor a la exclusión acentúa las “lógicas de demarcación”¹⁸ que se inscriben en el problema ya clásico de la tensión entre distancia social y proximidad geográfica (Chamboredon y Lemaire, 1976), y refuerza el ascenso del espíritu de seguridad.

¹⁸ Término empleado por A. Villechaise en su estudio sobre la pauperización de las clases medias en una zona de grandes conjuntos habitacionales de los suburbios bordaleses. A. Villechaise, “La banlieu sans qualités. Absence d’identité collective dans les grands ensembles”, *Revue Française de Sociologie*, vol. 38, abril-junio, 1997.

Las lógicas de demarcación

En efecto, la caída brutal de una gran parte de las clases medias “sin esperanzas de un re-ascenso social”, es un dato fundamental (Kessler, 1998). El estudio de las estrategias puestas en marcha por los empobrecidos para atenuar los efectos de lo que ya no puede ser considerado como una “crisis”, permite sopesar toda la importancia del “capital espacial” como elemento sólido de diferenciación.

- Entre los empobrecidos en función de su localización en la ciudad (más o menos accesibilidad al centro: los cafés, los servicios, etc.), la cuestión de la movilidad y de los transportes se vuelve central para comprender las formas de exclusión.
- Entre los “verdaderos pobres” y los empobrecidos (“los nuevos pobres”), ya que el empobrecimiento y el desempleo rompen el esquema bipolar anterior: de un lado los asalariados, y del otro, los pobres asistidos.

Para las clases medias empobrecidas, se trata de reafirmar las fronteras entre “ellos” y “nosotros”, en tanto que la imbricación compleja de situaciones de pobreza exacerba las diferencias, como lo muestran numerosos ejemplos. En el municipio de General Sarmiento, en el Cuartel Dos, el destino incierto de este fraccionamiento pobre situado en las orillas de la ciudad, entre el barrio y la villa miseria, entre lo que había querido ser y lo que tiene temor de llegar a ser, desencadena lo que se podría calificar como síndrome de pequeños blancos respecto a los habitantes de los asentamientos pobres vecinos, de los cuales se quieren demarcar a todo precio, por ejemplo colocando fronteras visibles, vigilancia, casetas de seguridad, como en los barrios ricos de la periferia norte. En cambio, los vínculos de vecindad para desarrollar acciones colectivas son muy limitados.

Territorialidad exacerbada e identidad restringida

En la ideología fomentista, la separación entre “los que tienen” y “los que no tienen” siempre ha sido notoria, y el rechazo de los que ponen en peligro la fisonomía, la armonía, la socialidad del barrio, también lo ha sido. Para los habitantes de los barrios populares periféricos, en los que la vulnerabilidad social se ha acrecentado notoriamente, la regularización de los terrenos de los

“villeros”,¹⁹ enclavados en los barrios en vías de consolidación, es percibida como una amenaza. Lo mismo ocurre con la presencia de asentamientos cercanos a zonas de fraccionamientos populares,²⁰ presencia que es vivida por los pobladores como una desvalorización de su espacio. La metáfora del naufragio regresa con frecuencia en el discurso de estas pequeñas clases medias empobrecidas. Los propietarios debilitados por la crisis y por las políticas de ajuste, no esperan nada de los gobiernos municipales, a diferencia de los más pobres. Para ellos, los problemas urgentes –los de empleo y seguridad– requieren de soluciones privadas, y su discurso defensivo expresa su resentimiento hacia los equipos de los gobiernos municipales de la segunda corona, que gobiernan para los pobres (Prévôt, 1998).

A esta divergencia entre los propietarios y los no propietarios, que hace renacer el viejo odio hacia los “villeros”, se superponen otras múltiples fronteras en el interior del espacio, muy frecuentemente consideradas como homogéneas. Las diferencias sutiles en el aspecto del barrio, de las viviendas, del acceso a los servicios, son vistas por los habitantes como los signos de pertenencia o de exclusión. Es así como en el asentamiento de Itatí (en el municipio conurbado de Quilmes), “los de arriba” piensan que los problemas son de “los de abajo”, los más pobres que se han localizado en una cantera –La Cava– sólo pueden ser regularizados con el desplazamiento. Todo transcurre como si los “villeros” hubiesen interiorizado los métodos del pasado: ocultarlos y deslocalizarlos.

Estas múltiples fronteras que atraviesan los espacios de la periferia, separando a los pobres de los menos pobres, a los “villeros” de los habitantes de los asentamientos pobres, a los propietarios de los no propietarios, dan lugar a estrategias de eludir,²¹ a formas de territorialidad exacerbada y a identidades

¹⁹ Expresión local con la cual se ha identificado a los habitantes de las “villas miseria” (n. de la t.).

²⁰ “Las personas de nuestro barrio no quieren reconocer su historia, su pasado. Ayer, ellos estaban aún en la oscuridad y el lodo. Hoy, se oponen a que la cooperativa organice una ‘olla popular’ para los pobres del asentamiento (villa miseria) vecino de San Ambrosio. Los habitantes armados custodian la cooperativa”. Entrevista al fundador de la cooperativa Pucará-Trujui situada en los confines de los municipios conurbados de Moreno y General Sarmiento, agosto de 1998. Esta zona ha sido uno de los puntos neurálgicos de los tumultos de mayo de 1989.

²¹ En las zonas en que los asentamientos, los viejos barrios pauperizados y aquellos de las clases medias están imbricados, se percibe la introducción de estrategias para evitar las escuelas próximas al lugar de residencia. E. Tenti observa que la voluntad de diferenciarse es tanto más fuerte cuando la distancia social y la geográfica se reducen (Golbert, Lumi y Tenti, 1992).

restringidas, en franca ruptura con la situación anterior. La ecuación vecindad/solidaridad que fue esencial en los barrios de fraccionamientos populares, parece cada vez menos pertinente. Estas formas de territorialidad exacerbada y de identidad restringida aun resultan acentuadas por la reducción de la movilidad espacial dentro de la ciudad. Por otra parte, en el imaginario popular de los jóvenes, la pobreza es inmovilidad. Frente al *nosotros*, en el cual se incluye a los jóvenes de los sectores populares que pueden moverse y progresar, “el pobre es quien está y continuará estando en su lugar, siempre en su mismo y eterno lugar, en lo bajo” (Ayujero, 1993). El deterioro del transporte público subvencionado y el encarecimiento de los otros medios de transporte (automóvil particular, autobuses) refuerzan considerablemente el efecto de la distancia al centro y el sentimiento de exclusión.

Así, se ve cómo se esboza un modelo de ciudad pulverizada, con fronteras más difusas en razón de la disolución de los lazos orgánicos entre las distintas áreas de la ciudad. El análisis de la ciudad en términos de fragmentación, debida a las múltiples fronteras que dividen el espacio en un *continuum* que se empobrece, parece cada vez más pertinente que aquellos análisis en términos de centro/periferia, dominantes hasta hace poco.

III. Los barrios privados: ¿una forma de desolidarización activa?

Las estrategias defensivas de las clases empobrecidas van de la mano de la aparición de formas residenciales (*countries club*, *countries* en altura, barrios privados...) que se pueden agrupar bajo la denominación de “urbanización privada”. Estas formas de urbanización en conjunto se caracterizan por el acceso restringido sólo a los residentes del lugar. Rodeados de muros, protegidos por vigilancia, con sus propios servicios urbanos, espacios verdes, áreas para deportes, estas formas de urbanización se sitúan de manera privilegiada en la periferia lejana, a unos cincuenta kilómetros del centro de la ciudad, a lo largo de los tres grandes ejes carreteros que comunican con la Capital Federal. La carretera Panamericana con sus 55 000 vehículos por día ha marcado el destino de Pilar, especie de *edge-city* (Garreau, 1991) que ha surgido en el extremo externo de la periferia oeste, con sus barrios privados, sus universidades, sus multisalas de cines, su parque industrial, su centro comercial y su cementerio privado

(Thuillier, 1998). Esta “privatización” del espacio público de la ciudad, que ha comenzado desde hace varios años con la instalación de casetas de vigilancia en las zonas residenciales elegantes de los municipios conurbados del norte de la aglomeración, se extiende ahora a las zonas de clases medias y populares, tal como ocurre en otras metrópolis latinoamericanas (García, 1995; Zermeno, 1999).

Nos preguntamos si acaso en Buenos Aires el modelo de ciudad más compacta y más igualitaria que lo que ha sido en otras partes de América Latina, actualmente está cediendo su lugar a un modelo de ciudad de tipo estadounidense, organizada en torno a carreteras, a barrios privados y centros comerciales, ante lo cual nuestra respuesta es sí y no, ya que estos nuevos “barrios” cerrados tanto pueden instalarse en la periferia como en zonas centrales de la ciudad, en las cuales se vienen construyendo los denominados “*countries* de altura”, a veces integrados a la construcción de grandes centros de consumo y de ocio, como es el caso del Abasto.²² Es en la periferia en donde se puede observar la emergencia de verdaderos enclaves casi autónomos en los que se viene conformando una nueva cultura urbana, en franca ruptura con la tradición del espacio público como lugar de la puesta en escena y de su transgresión (Thuillier, 1998). Nos preguntamos si este modelo va hacia un repliegue en comunidades que buscan autonomizarse (Davis, 1990), en comunidades que se autoabastecen pues en ellas todo lo que daría cuenta de la presencia pública es privado (escuelas, seguridad, salud, etc.), en comunidades que se “secesionan” (Reich, 1991).

Este fenómeno, ya muy frecuente en los Estados Unidos y en otros países latinoamericanos, aparece como relativamente nuevo en Buenos Aires y no se puede dejar de señalar el carácter paradójico de esta evolución reciente, dado que la ciudad privada va a contracorriente de la fuerte tradición urbana de Buenos Aires. La asociación misma de los términos “barrio privado” es antinómica con la de “barrio” tal como ha nacido en Buenos Aires, es decir como lugar de participación política y de laicización del espacio (Gorelik, 1996). Estos territorios de la convivencia dan cuenta, en este sentido, de una utopía “anti-urbana” y comunitaria, para ser entre sí, oponiéndose a una cierta cultura porte-

²² Las “Torres Jardines” en la Capital Federal ocupan la superficie de un islote con servicios de seguridad y terrenos para deportes. Sin embargo, estas torres residenciales de 30 ó 40 pisos aún son obras dispersas en la ciudad, que conserva sus características dominantes.

ña que siempre ha sido estatal e individualista, progresista y democrática.

La privatización del espacio público —que ha llegado a ser necesaria, ante los ojos de algunos grupos, por razones de exclusividad y seguridad— plantea un interrogante respecto a la legislación que debe regir estos territorios. Son los municipios los que otorgan la autorización para desarrollar este tipo de urbanizaciones, en función de determinadas reglas para evitar la formación de extensos bolsones residenciales que interrumpen la trama que ha conducido, de una cierta manera, incluso ordenada, la expansión de la periferia. A excepción de los casos estrepitosos de conflictos entre las autoridades locales y los defensores de los *countrists*, los municipios de la periferia resultan muy favorables a los barrios privados que valorizan el suelo urbano, y en los que los residentes pagan elevados impuestos y crean empleos en distintos servicios. Sin embargo, a diferencia de la expansión de los suburbios descrita por Hoyt para las ciudades estadounidenses de los años veinte, estas nuevas urbanizaciones no se efectúan sobre tierras vírgenes sino en franjas de una inmensa metrópoli de 12 millones de habitantes, caracterizada por un proceso anterior de urbanización popular, y en medio de periferias habitadas por poblaciones empobrecidas. De ahí que surge la voluntad de cerrar los espacios residenciales, de vigilar la entrada, incluso de ocultar con muros los barrios pobres que los “pocos felices” deben atravesar. Así, estas nuevas comunidades urbanas dibujan un inmenso archipiélago formado por barrios poco integrados al resto del territorio y entre los cuales se entrelazan relaciones privilegiadas y, ciertamente, exclusivas. Por otra parte, el mundo exterior es percibido como amenazante. “La riqueza se oculta, la ciudad repliega hacia adentro” (Thuillier, 1998).

Sin embargo, cabe preguntarnos ¿quiénes son estos nuevos “*countristas*” que dejan el centro de la ciudad con sólida urbanidad para ir a vivir esta nueva aventura? Jóvenes parejas con hijos de corta edad que no tienen los medios para vivir en barrios elegantes y céntricos, como el Barrio Norte, y tener al mismo tiempo una casa de “campo” (de fin de semana o residencia secundaria), población que también se encuentra demasiado impregnada por la ideología destilada constantemente por algunos medios de comunicación, y en particular por ciertos periódicos que incluso han llegado a incluir semanarios exclusivamente dirigidos a “coun-

tries y barrios privados”;²³ desde luego, se trata de una ideología fundada en la familia, la vida al aire libre y mucho énfasis en la seguridad, como los valores fundamentales.

En efecto, la inseguridad y el discurso sobre la inseguridad han llegado a ser hoy día uno de los problemas claves. Esto puede resultar sorprendente en una de las ciudades que aún podría considerarse una de las más seguras de América Latina, en donde las calles, los restaurantes, las librerías, los cafés, son frecuentados hasta altas horas de la noche. Sin embargo, el aumento de los asaltos a mano armada, los ataques en restaurantes elegantes de los mejores barrios, han colocado esta cuestión en el centro del discurso mediático y de las preocupaciones de los habitantes de la Capital Federal. El tema de la violencia urbana ha alimentado desde hace tiempo este movimiento de desplazamiento hacia los barrios privados, aun cuando la inseguridad golpea desde hace tiempo a los barrios más desprotegidos de la periferia, sin protección, barrios que han quedado a merced de un sistema policiaco corrupto y mafioso, como lo es el de la Provincia de Buenos Aires. Sin embargo, en los *countries* se tiene la propia policía, reglamentos propios, produciendo en ciertas zonas de la ciudad una “militarización del espacio público” (Castells, 1989). Todo transcurre como si el Estado sólo respondiera a las demandas de seguridad de algunos grupos, como si hubiera abandonado sobre ciertos espacios –las villas miseria, los fraccionamientos pobres de la periferia y los barrios privados– el monopolio de la violencia legítima.

¿Cómo comprender estas formas de secesión? La secesión supone un movimiento en alguna forma inverso que el de la segregación que relegó a los pobres dentro de espacios concretos; aquí son los ricos quienes se retiran, quienes toman distancia de los pobres para evitar toda forma de conflicto. Este movimiento puede ser interpretado como la expresión espacial de la voluntad de algunos grupos de no pagar por otros, de denunciar un cuadro político que llega a ser restrictivo, siendo la idea la de desarrollar una solidaridad entre ellos (Reich, 1991; Schnapper, 1994). En la misma lógica, paralelamente a la creación de barrios privados, se observa la expresión de localismos vigorosos en las zonas resi-

²³ Un ejemplo concreto de esto es el periódico *La Nación*, que aparece en verdad como un productor de un modelo territorial, promotor de una visión convencional de la ciudad. Para el análisis de los sistemas ideales que los actores movilizan (los promotores, la prensa) y cómo se construye la discriminación de lugares, véase M. Lussault, *Seminario de EHESS*, 5 de febrero de 1999, París, EHESS.

denciales de la periferia, enclavados en los municipios pobres que han tomado presencia por la creación de nuevas comunas. A semejanza de las “regiones que ganan”, una especie de conciencia de clase ha hecho su aparición en las zonas acomodadas que anuncian su hostilidad a las políticas conducidas por varios municipios, en un momento en que el temor a la inseguridad se acrecienta.

Finalmente, una última pregunta: estas secesiones en las orillas de la ciudad ¿son contradictorias con los procesos de gentrificación que se han supuesto como característicos de las “ciudades globales” (Sassen, 1996; Harvey, 1996)? Buenos Aires, a diferencia de otras capitales latinoamericanas, no ha conocido una partida masiva de las clases acomodadas hacia las periferias residenciales. Estas clases acomodadas permanecen muy concentradas en el céntrico y elegante Barrio Norte y en su prolongación periférica norte. Por el contrario, la degradación y la *tugurización* de toda la parte sur de la ciudad, ofrecen grandes oportunidades para los gentrificadores, en un periodo de notable aumento de los precios inmobiliarios y de reestructuración del centro en razón de las grandes obras urbanísticas evocadas anteriormente. Sin embargo, el proceso apenas se inicia en los barrios más pobres. No ocurre lo mismo en los barrios tradicionales de Palermo Viejo y Palermo Chico, en donde los restaurantes se multiplican y donde son recicladas viejas casonas de inicios del siglo xx para una población que valoriza la idea de barrio, tomada aquí en su sentido antropológico y casi mítico del término: las aceras, los comercios próximos, los vecinos, la calma, el café de la esquina. Por supuesto, todas estas cosas desaparecen rápidamente con la expansión espectacular de centros comerciales en los últimos años, ligados a nuevos modos de consumo y de socialidad, pero que se ven salvaguardados, incluso revivificados en ciertas zonas de la ciudad por medio de los procesos de gentrificación. Estas formas de consumo y de ocio que entrañan la reactivación de algunas áreas centrales, subrayan hasta qué punto las clases medias –aquellas que se han preparado para seguir las huellas de la recuperación del crecimiento– son, desde cierta perspectiva, los productores y consumidores de estos nuevos estilos de vida y de ciudad (Mignaqui, 1997).

Conclusión

No hay efectos mecánicos entre el bloqueo de los mecanismos de ascenso social, las grandes obras urbanísticas y las recomposiciones socio-espaciales en el seno de la aglomeración de Buenos Aires. Sin embargo, las múltiples fronteras que se van esbozando hacen perder a la ciudad su porosidad. En una sociedad de inmigrantes, dominada por la idea del progreso y el ascenso social, el acceso masivo a la propiedad ha permitido una “gran homogeneidad, dentro de la heterogeneidad” (Pires). En esos procesos sólidos de integración a la ciudad, el espacio público (las calles, los parques, las plazas, los numerosos cafés, las grandes salas de cine de la avenida Rivadavia, hoy transformadas en templos pentecostales) ha jugado un papel fundamental en la transversalidad porteña (Gorelik, 1997). Ahora bien, es necesario constatar que paralelamente al debilitamiento de la cohesión social, del Estado benefactor y de la idea de Nación, la mundialización desarrolla en la ciudad sus lógicas de separación. El repliegue sobre los espacios “privados” de los empobrecidos (Kessler, 1998), el ascenso de la violencia y el temor a la inseguridad contribuyen a este proceso de fragmentación, como si la sociedad debilitada no soportara más la vulnerabilidad de los espacios públicos. La presencia cada vez más visible de dispositivos que “cierran” (rejas, casetas de vigilancia, cercos), así como el desarrollo de sistemas de seguridad más complejos en los barrios privados y en los fraccionamientos populares, son testigos de este nuevo arreglo entre las diferentes zonas de la ciudad.

Es evidente que el caso de Buenos Aires no es el de São Paulo, ni Los Ángeles. Allí la urbanidad permanece fuerte. Sin embargo, la nueva geografía social que presenta zonas de gran riqueza y de gran pobreza, exagera las tensiones y la inseguridad. La violencia urbana está convirtiéndose en uno de los temas obligados del discurso político tanto en la Capital Federal como en los municipios conurbados, pero sobre registros diferentes. No obstante, tanto en un caso como en el otro, se observa la voluntad de responder a las demandas de orden y de seguridad para la población. ¿Cómo asegurar el orden público, más allá de las regulaciones estrictamente jurídicas y policiales? Las autoridades elegidas de la ciudad (Capital Federal) han buscado construir acciones destinadas a revivificar el espacio público, lanzando programas de animación cultural (como “Buenos Aires no duerme”) y de recuperación de los espacios públicos verdes con-

fiscados por los clubes deportivos privados,²⁴ o incluso redefiniendo las reglas de copresencia en estos espacios (calle, plaza, ribera de los ríos). Por su parte, los debates generados en torno al código de “convivencia urbana” (vivir juntos), que apuntaba a la despenalización de la prostitución, así como para protestar por la presencia de prostitutas y de travestidos en la vía pública, a las cuales ha dado lugar la aplicación de esta reglamentación, han mostrado la viva tensión que existe entre la voluntad de una gestión más democrática de espacio público y los reclamos de los habitantes. Las medidas ante todo simbólicas, como la de colocar rejas en torno a los monumentos públicos para luchar contra los actos de vandalismo, la creación de un cuerpo de vigilantes (empleados municipales con dos años de haberse jubilado y no armados) para proteger las plazas públicas, así como una especie de policía de proximidad (cuerpos auxiliares vecinales), en este mismo sentido ponen de manifiesto esas tensiones. No sucede igual en la periferia de la conurbación, es decir en los municipios de la provincia de Buenos Aires conurbados a la Capital Federal, ya que están bajo la tutela del gobierno de la provincia. La penetración de la policía en algunos asentamientos (villas miseria), como ha sido el caso de la villa miseria de La Cava, enquistada en una de las zonas más lujosas como es el municipio conurbado de San Isidro (en la zona norte), ilustra la estrategia del gobierno de Buenos Aires para contener la pobreza asociada a la inseguridad.²⁵ Esto ocurre de modo paralelo a los programas de asistencia y distribución alimentaria para los más pobres (Prévôt, 1996). El temor aumenta en tanto que las instituciones encargadas de asegurar el orden son percibidas por la población como poco confiables. Todo esto da lugar a formas de autodefensa, cada vez más socorridas dentro de la ciudad, así como a formas de territorialidad exacerbadas que fragmentan el espacio urbano.²⁶

Estos procesos contradictorios atraviesan el espacio urbano, entre la nostalgia paralizante y el frenesí de la modernidad, alimentando concepciones “esquizoides” del territorio y el desarrollo de lógicas exclusivas. Los “nuevos espacios públicos” del consumo, los centros comerciales (Capron, 1998) son los espa-

²⁴ “Batalla por los espacios públicos en Palermo”, *Clarín*, 26 de noviembre de 1998.

²⁵ “Un intenso despliegue policial para el control de la zona norte”, *Clarín*, 16 de enero de 1999.

²⁶ El pequeño asentamiento conocido como La Matanza, dentro del municipio conurbado del mismo nombre, y localizado al pie del gran conjunto habitacional denominado Ejército de los Andes, pero más conocido bajo el nombre de Fuerte Apache, cierra la villa miseria durante las noches para protegerse de las bandas del territorio vecino.

cios de una “civilidad tibia”, con accesos restringidos, protegida por vigilantes. Con todo esto regresa la idea paradójica desarrollada por Lucio Kowarick (en prensa) de la “ciudadanía privada”, ya que el espacio público es percibido como peligroso, sucio, pobre, en una ciudad impactada por la llegada masiva de inversiones. Las autoridades elegidas de la Capital Federal están imbuidas por el discurso sobre la *ciudad global* y quieren, al costo que sea, hacer salir la ciudad de la “decadencia” de los años de crisis. La reflexión sobre la gestión de la metrópoli tomada en su totalidad, está ausente de este discurso. De igual forma se puede plantear que las autoridades de la Capital Federal se envuelven en una especie de aislamiento frente al Conurbano (los municipios conurbados a la Capital Federal), en tanto que distintas formas de aislacionismo comunal y de derecho territorial de facto se instauran en las periferias de los municipios conurbados y con autoridades del gobierno de la provincia de Buenos Aires, todos ellos golpeados por el desempleo y la pobreza.

Traducción realizada por Alicia Lindón

Bibliografía

- Arrossi, S. (1996), “Inequality and Health in the metropolitan area of Buenos Aires”, *Environment and urbanization*, vol. 8, núm. 2, octubre.
- Ayujero, J. (1993), *Otra vez en la vía. Notas e interrogantes sobre la juventud de sectores populares*, Buenos Aires, GECUSO (Grupo de Estudios e Investigación en Cultura y Sociedad), Cuaderno núm. 2.
- Beccaria, L. y N. López (comps.) (1996), *Sin trabajo. Las características del desempleo y sus efectos sobre la sociedad argentina*, Buenos Aires, UNICEF/LOSADA.
- Béhar, D. (1995), “Banlieues, ghettos, quartiers populaires ou ville éclatéé, l’espace urbain à l’épreuve de la nouvelle question sociale”, *Les Annales de la Recherche Urbaine*, núm. 64, pp. 6-14.

- Capron, G. (1998), "Les centres commerciaux à Buenos Aires. Les nouveaux espaces publics de la ville à la fin du xxe siècle", *Les Annales de la Recherche Urbaine*, núm. 78, marzo, pp. 55-63.
- Castells, M. (1989), *The informational City. Information technology, economic restructuring and urban-regional process*, Massachusetts, Basil Blackwell.
- Catterberg, E. (1991), *Argentin confronts politics: Political culture and public opinion in the Argentine transition to democracy*, Boulder, Lynne Rienner Publishers.
- Chamboredon, J. C. y M. Lemaire (1976), "Proximité spatiale et distance sociale: les grands ensembles et leur peuplement", *Revue Française de Sociologie*, núm. XI-1, pp. 3-33.
- Cohen, D. (1997), *Richesse du monde, pauvreté des nations*, París, Flammarion.
- Coraggio, J. L. (1991), *Ciudades sin rumbo. Investigación urbana y proyecto popular*, Quito, Ciudad-SIAP.
- Davis, M. (1990), *City of Quartz. Excavating the future in Los Angeles*, Nueva York, Vintage.
- Dollfus, O. (1998), "La ville et l'Amérique Latine", *Problèmes d'Amérique Latine*, nueva serie, núm. 14, julio-septiembre, pp. 7-12.
- (1997), *La mondialisation*, París, Presses de Sciences Politiques-FNSP.
- Fourcaut, A. (1996), "Lotissements, mal lotis et crise urbaine en banlieue dans l'Entre-deux-guerres", *Cities, Villes, Ciudades*, junio, pp. 15-17, París, PIR-Villes.
- García Sánchez, P. José (1995), "Les formes de l'urbanité dans l'espace public. La rue interdite", *Memoria de DEA*, París, EHESS.

- Garreau, J. (1991), *Edge-city, life on the new frontier*, Nueva York, Anchor Books-Doubleday.
- Golbert, Laura, Susana Lumi y Emilio Tenti Fanfani (1992), *La mano izquierda del Estado. La asistencia social según los beneficiarios*, Buenos Aires, Miño y Dávila Editores/CIEPP.
- Gorelik, A. (1996), *La grilla y el parque. La emergencia de un espacio público metropolitano en Buenos Aires, 1887-1936*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Buenos Aires, tesis de doctorado.
- (1997), “Buenos Aires en la encrucijada: modernización y política urbana”, *Punto de Vista*, núm. 59, diciembre, pp. 7-12.
- Haeringer, Philippe (1998), “La megalopolisation: un autre monde, un nouvel apprentissage”, *Techiques, Territoires et Sociétés*, núm. 35.
- Harvey, D. (1996), *Justice, nature and geography of difference*, Oxford, Blackwell.
- Herzer, M. H. et al. (1997), “Aquí, está todo mezclado. Percepciones de familias ocupantes de inmuebles en Buenos Aires sobre la situación habitacional”, *Revista Mexicana de Sociología*, núm. 4, pp. 187-216.
- Keeling, D. J. (1996), *Buenos Aires: Global dreams, local crises*, Chichester, John Wiley and Sons.
- Kessler, G. (1998), *L'appauvrissement des classes moyennes en Argentine*, París, EHESS, tesis de doctorado.
- Kowarick, L. (en prensa), “Cidadão privado e cidadão público”, *Escritos urbanos. Espolição & Luchas sociais & Cidadania*, São Paulo.
- Mignaqui, I. (1997), “Barrios privados y fragmentación espacial. Hacia un nuevo modelo socio-cultural de producir y consumir la ciudad”, Seminario sobre los Barrios Cerrados, Malvinas Argentinas, noviembre (mimeo.).

Minujin A. y G. Kessler (1995), *La nueva pobreza en Argentina*, Buenos Aires, Planeta.

Mollenkopf, J. H. y M. Castells (eds.) (1992), *Dual City: restructuring New York*, Nueva York, Russel Sage Foundation.

Monza, Alfredo y Luis Beccaria (1998), “Las transformaciones de la informalidad en la Argentina en el último cuarto de siglo”, Seminario sobre Informalidad y Exclusión Social, Buenos Aires, Secretaría de Desarrollo Social, 27 y 28 de agosto.

Moreno Toscano, A. (1976), “La crisis en la ciudad”, en Pablo González Casanova y Enrique Florescano (coords.), *México Hoy*, México, Siglo XXI.

Prévôt Schapira, Marie-France (1996), “Las políticas de lucha contra la pobreza en la periferia de Buenos Aires, 1984-1994”, *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 59, núm. 2, abril-junio, pp. 73-93

——— (1998), “Les banlieues de Buenos Aires: les politiques locales en débat”, en N. Haumont y J. P. Lévy, *La ville éclatée: quartiers et peuplement*, París, L'Harmattan, pp. 223-239.

——— (1999), “From utopia to pragmatism: the heritage of basismo in local government in the Greater Buenos Aires region”, *Bulletin of Latin American Research*, vol. 18, núm. 2, abril, pp. 227-239.

Quijano, A. (1971), *Redefinición de la dependencia y proceso de marginalización en América Latina*, Santiago de Chile, ILPES.

Reich, R. (1991), *The Work of Nations*, Londres, Simon and Schuster (*L'Economie mondialisée*, París, Dunod, 1993).

Santos, M. (1993), “Un centre à la périphérie”, en M. F. Durand, J. Lévy y D. Retailié, *Le Monde: espaces et systèmes*, París, Presses de la FNSP/Dalloz, segunda edición.

- (1990), *Metrópole corporativa fragmentada, o caso de São Paulo*, São Paulo, Nobel.
- Sassen, S. (1996), *La ville globale*, París, Descartes et Cie.
- (1997), “Les régimes d’emploi dans les services et la nouvelle inégalité”, *Les Annales de la Recherche Urbaine*, núm. 76, pp. 147-156.
- Schnapper, D. (1994), *La communauté des citoyens. Sur l’idée moderne de nation*, París, Gallimard.
- Scobie, James (1977), *Buenos Aires. Del centro a los barrios, 1879-1910*, Buenos Aires, Solar-Hachette.
- Smith, Neil y Peter Williams (1986), *Gentrification of the City*, Londres, Allen and Unwin.
- Thuillier, G. (1998), “La ville privée: country clubs et quartiers fermés dans le Grand Buenos Aires”, *Mémoire de DEA*, París, Universidad de París X-Nanterre, septiembre.
- Torres, H. (1993), *El mapa social de Buenos Aires (1940-1990)*, Buenos Aires, Secretaría de Investigación y Posgrado/Facultad de Arquitectura, Diseño y Urbanismo, serie Difusión núm. 3.
- Veltz, P. (1996), *Mondialisation, villes et territoires. L’économie d’archipel*, París, PUF.
- Viard, J. (1994), *La société d’archipel ou les territoires du village global*, La Tour d’Aigues, De L’Aube.
- Vidal, L. (1995), “Les mots de la ville au Brésil. Un exemple: la notion de ‘fragmentation’”, *Cahiers des Amériques Latine*, núm. 18, pp. 161-181.
- Zermeño, Sergio (1999), “México ¿todo lo social se desvanece?”, mimeo., p. 15.

